

CÉSAR CHÁVEZ,
Herir la perfección,
Quito, Ediciones Antropófono,
2012, 103 pp.

A finales de los sesenta del siglo pasado, cuando Julia Kristeva traducía la obra de Bajtin al francés, acuñó el término “intertextualidad”, que tan de moda se pondría poco después. El concepto adquiriría desarrollos y matices –Barthes, Genette, entre otros, lo retrabajaron–, pero en su esencia se entiende con esa figuración del texto ya no aislado, sino dentro de una red de textos, interconectados: cada uno es una recomposición de otros –es un “mosaico de citas”, diría Kristeva–. En adelante, ningún texto significaba por sí solo, y autores y lectores compartían lugar del lado de la creación.

Es esta idea de escritura como reescritura la que explota César Chávez Aguilar en su primer libro de prosas, *Herir la perfección*. En la última página, el autor enlista una serie de obras plásticas (fotografía y pintura) que le sirvieron como “referencias”: David Hamilton, Gottfried Helnwein, David Ho y Celia Paul. ¿Qué implica aquí la referencialidad, el pasar de un lenguaje visual a uno literario? Lo que se descarta enseguida es una tarea mimética, reproductiva, ni siquiera la ardua labor de traducción entre dos códigos. El elemento clave del que Chávez echa mano es, justamente, la observación y la interpretación como pulsión creadora.

Así, la intertextualidad propuesta en esta obra no radica en motivos, temáticas o preocupaciones estéticas similares; o no principalmente en ello. Lo que más interesa a los textos de

Herir la perfección es la relación entre el arte y la contemplación; es decir, su realización en un sistema comunicativo. La distancia implícita en la contemplación de las imágenes de Helnwein, Ho, Hamilton o Paul por parte de Chávez se pone en juego en sus textos; más: estos son producto de tal distancia, y de la interpretación resultante. De este modo, la metáfora imperante aquí conjuga observación con experiencia vital. Y la sensibilidad que conlleva esta preocupación central se corresponde, en la piel del texto, con una cadencia y una minuciosidad descriptiva, que remiten a una fascinación por lo observado, un perderse en la minucia.

Las voces que emprenden cada relato buscan en los resquicios de sus palabras y de lo mirado y re-mirado un sentido que dar a su vida. De hecho, el título del libro se acerca a esa sensibilidad frente al arte, al resquemor profundo de actuar en un mundo cuya contemplación es inacabable e infinitamente rica:

Una muchacha mira, acecha, espera su turno para arremeter contra la lustrosa superficie, para herir la perfección. La viajera, de espaldas a la furia, llora en silencio. En el centro de su pecho ahora existe un vacío, circular como la esfera. Las lágrimas de sus ojos no son más que la despedida definitiva del alma que huye por ese agujero.

Las cuatro partes en que se organiza el libro –identificadas con cada uno de los artistas mencionados– se componen de prosas breves, casi sin diálogos, como si se enfocaran en diferentes monólogos o disquisiciones íntimas. En cada apartado, además, los diversos textos se articulan por medio

de propulsores discursivos: allí aparecen “Recuerdos”, “Caídas”, “Sueños” y una “Espera”. No obstante esta agrupación que propone el autor, tales ejes no agotan los sentidos esenciales de los textos, que se hermanan, como se dijo, sobre todo por el desgarramiento entre la realidad observada y el mundo interior, que eventualmente desencadenará una acción trágica de los personajes.

Ante tal desgarramiento individual, de muchas de las voces que hablan en *Herir la perfección*, las formas de relacionar los dos ámbitos de la existencia pasan por el dolor y la incompatibilidad. En “Recuerdos”, por ejemplo, ocurre una escena entre dos amigas cuyos lazos de amor se han disuelto con el tiempo y el ingreso a las instituciones de la vida social; pero lo que da fuerza a cada palabra es la incompreensión de la narradora frente al cambio, y su búsqueda infructuosa por el amor pasado. En “Caídas”, por otro lado, en uno de los textos habla un hombre frente a una mesa (¿de operaciones?) en la que yace una niña dormida; en una atmósfera adensada por el horror de lo no dicho, el narrador de pronto es consciente de lo que está a punto de ejecutar, sin que por ello pueda detener el ritual.

El motivo del destino trágico e indetenible, de la ley como signo de lo opresivo sobre la existencia del individuo, reaparece en “Sueños”. En uno de los acápites, se habla de una efigie que ha sido profanada por un hombre en un tiempo que se percibe como inmemorial:

Hoy lo vemos con la cabeza entre las piernas, su cuerpo magullado por las mismas ataduras que lo unen al bulto. Se dice que fue él quien destruyó los

ojos y los reemplazó por esa representación burlesca. Nadie recuerda por qué, ni para qué está ahí. Ahora, él es parte de la efigie.

La contemplación da lugar a la profanación, y el castigo lleno de ironía es que el observador sea confinado a convertirse en lo observado.

El relato más largo es el que ocupa en solitario el apartado “Espera”. Se trata de una mujer que se percibe como un retrato desdibujado, lleno de manchones, al igual que sus recuerdos. En un notable ejercicio de sinestesia, las impresiones sensibles (el tacto de ciertos materiales, la vista del polvo en el aire atacado por los rayos solares, el sonido de infantes quejumbrosos entre los muros del pueblo) van dando forma a un pasado ido que tiene que recrearse desde las palabras de la voz que narra. En la vida de la protagonista, la procreación ha sido una más dentro de las experiencias de la pérdida, como si el avance del tiempo no implicaría acumulación sino carencia: lo pasado no es patrimonio sino condenación. “Las casas se desintegran como nuestros cuerpos. Es extraño, la destrucción ha equiparado todo, construcciones y cuerpos, almas y arcilla, voces y argamasa”.

De tal modo, paulatinamente, el libro va matizando ese acto interpretativo en el que se basa: en el mirar el mundo, es imposible no trastocar lo mirado, no destruir a medida que se incide en la realidad donde se vive. Y, del otro lado, el misterio del mundo que no termina de descodificarse, hierde al observador. ¿Cómo observar sin sentir, sin sufrir? ¿Cómo hablar del mundo sin desgarrarse? La conmovedora visión de la realidad que Chávez propone es

profundamente triste, y también profundamente hermosa.

Retomando la imagen de Kristeva, el mosaico que posibilita *Herir la perfección* no acaba en lo literal, en los artistas plásticos referidos; sino que apela a la propia construcción del mosaico, a la sensibilidad para receptar, para contemplar y hallar belleza en una realidad prosaica. Aunque esta se encuentre llena de dolor, incomprensión y nostalgia, la existencia maravilla en tanto posibilita encontrar en su seno el sentido que sepamos crearle.

ANDRÉS CADENA,
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR

SALVADOR DE MADARIAGA,
Guerra en la sangre,
Madrid, Fundación José Antonio
Castro, 2012

Los hijos de los Manriques y Esquiveles, sagas familiares protagonistas de la pentalogía *Esquiveles y Manriques* de corte histórico y ambientada en México, Venezuela, Cuba, Jamaica y Perú en los años de la colonización de América, son los motores argumentales de *Guerra en la sangre*. Esta novela, obra del coruñés Salvador de Madariaga, (1886-1978) ha sido publicada por la española Fundación Castro, siguiendo la edición de la editorial Sudamericana de Buenos Aires de 1957, en la Colección Horizonte, y es la segunda del citado ciclo narrativo.

Salvador de Madariaga, ingeniero de minas de formación, de pensamiento liberal y federalista, embajador español en Washington y París que se carteo con personalidades como Churchill o Camus, ministro en el Gobierno de Lerroux, catedrático de Lengua y Literatura Española en Oxford, galardonado con los premios Goethe y Carlomagno, leyó su discurso de ingreso en la RAE 40 años después a causa de su exilio, un dato insólito en la historia de la institución. Su obra literaria comprende ensayo (destaca su guía sobre *El Quijote*), poesía de ligera y clara belleza, y narrativa, entre la que se halla la novela *Guerra en la sangre* que reseñamos y cuyo inicio de redacción se produce tras la publicación de su ensayo *El ocaso del imperio Español en América*.

Los Manriques y Esquiveles tienen un punto en común, una tragedia íntima que confluye, el mestizaje de sus linajes, lo cual llena de rabia y pertur-